

fección, debe apartarse de este mundo embustero, y, según la recomendación del Apóstol, «abrigar en su corazón los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo». (1)

Sólo hay un modelo de perfección, y quien no se forme según él, gasta todas sus fuerzas en conseguir precisamente lo contrario de la virtud. La medida en que se aproxime á este modelo indica el grado de su propia perfección. Este modelo es Jesucristo nuestro Redentor.

Maravilloso es ver cuán sencillo y natural ha sido en sus palabras y en su vida entera. Le comprende un niño; atraía á sí las gentes más sencillas. Preciso fué toda la hipocresía del fariseísmo para escandalizarse de Él. ¡Ah, quién podrá pintar jamás la encantadora sencillez de su persona! Siuviésemos tan sólo suficiente fuerza de voluntad y de celo para imitarle, ¡cuán pronto vería el mundo verdaderos ejemplos de perfección!

Los santos han reproducido este modelo en copias innumerables. Pero la prueba de que han triunfado en su imitación, nos la ofrece el hecho de haberse apropiado más ó menos la sencillez del Salvador.

En la Iglesia Católica no hay ciertamente un solo santo que, durante su vida, haya tenido un aire enfático, ó bien que haya representado un papel hipócrita. ¿Quién podría figurarse un San Francisco de Sales altivo y desdenoso, un San Ignacio de Loyola petulante, un San Francisco de Asís rudo é imperioso? Se dice que San Felipe Neri consideraba la rectitud y la honradez de corazón como raíz de toda virtud. En todo caso, fué enemigo declarado de toda afectación y de toda ampulosidad. (2)

Pues lo mismo fueron todos los grandes santos. No vacilamos en afirmar que tendríamos falsas ideas sobre ellos, si se hallase entre todos uno solo cuyos rasgos característicos no fuesen la lealtad, la honradez, la rectitud. Muchos tuvieron debilidades; sin embargo, si hubiesen si-

(1) Phil., II, 5.

(2) Barnabæus, *Vita S. Phil. Ner.*, 2, 17 (Bolland., 22, 301).

do débiles en realidad, ciertamente jamás hubiesen sido canonizados.

Pero con la misma seguridad podemos decir también que todos los que comprenden el camino de la salvación, consideran la sinceridad y la rectitud como la base fundamental y completamente natural del edificio de la vida cristiana. Aun los que, personalmente, están bastante alejados de la sencillez de Jesucristo y de los santos, la exigen más severamente de aquellos cuyo espíritu juzgan ó quieren juzgar. Y con razón. Cualquiera puede hacer milagros, vivir del aire, mostrar los estigmas del Salvador, y convertirse en objeto de peregrinación; pero si en él se descubre una sola vez el disimulo, está juzgado para todo hombre serio. Ningún director razonable querría encargarse de la dirección de un alma, si no la hallase dispuesta á declarar la guerra á toda falta de sinceridad y á todo artificio de lenguaje, pues sabe que, sin esto, todo trabajo es inútil, ya que el Espíritu Santo huye de todo disfraz, (1) y comunica sus secretos á los sencillos. (2) «El que anda con sencillez, camina con seguridad; (3) pero aquel cuyo corazón está dividido, perecerá». (4)

6. La sencillez, privilegio de los santos.—Cuando leemos semejantes principios, y cuando los vemos realizados en la vida de los santos, exclamamos de ordinario con dolorosa sonrisa: «¡Qué época de ingenuidad la de entonces!» Nos deleitamos con la lectura de Joinville y de Enrique Susón, y á cada instante exclamamos: «¡Qué naturalidad, qué candor!» En el atrio profanado de San Marcos, pasamos de un cuadro de Fra angélico á otro, y sin poder contener la risa, no cesamos de mumurar: «¡Qué ingenuidad!»

Es la misma reflexión que haríamos, si pudiésemos penetrar en el cielo y pasar de un santo á otro. No otra cosa decimos cuando damos con almas piadosas y puras. Sin

(1) Sap., I, 5.

(2) Prov., III, 32; XI, 20.

(3) Prov., X, 9; XXVIII, 18.

(4) Os., X, 2.

duda que obramos así de ordinario, porque nos sentimos oprimidos. Para evitar pensamientos más serios, nos rehacemos al punto, y continuamos nuestra marcha, diciendo: «Sin embargo, siempre hay personas ingenuas!»

¡Gentes ingenuas, tiempos candorosos! ¿Qué quiere decir esto? ¿quién es ingenuo?

Llamamos ingenuo á un niño que manifiesta con franqueza á sus padres sus propios sentimientos y lo que ha oído, que dice con la mayor sinceridad la verdad que ocultan artificialmente los demás. Con esta franqueza, ponen con frecuencia los niños en duro aprieto á uno, sin que pueda castigárseles por ello, porque, procediendo con candor, no hacen mal alguno; no se han apropiado todavía el arte del disimulo de las personas mayores.

¿No parecerá que la ingenuidad es precisamente el sentimiento infantil que el Salvador exige de todos los que quieren entrar en el reino de Dios? ⁽¹⁾ Sin duda que es este el sentido exacto de sus palabras. En efecto, lo que constituye la ingenuidad es la sencillez infantil, la pureza juvenil. La mentira jamás es ingenua, como tampoco es infantil. Puédese calificarla de pueril, como desde luego todo aquello por lo cual se ve constreñida la naturaleza á la mezquindad y á la locura. Pueril es la vanidad, la jactancia, la afectación, la hipocresía, el disimulo. Infantil es, por lo contrario, todo lo que más recuerda la naturaleza primitiva, y todo lo que resiste á la desfiguración consciente de lo natural.

Lo mismo ocurre con lo que llamamos ingenuo. Es lo que mejor responde á la naturaleza tal como es innata en nosotros. Como lo indica ya la misma expresión, la ingenuidad es lo natural conservado intacto. ⁽²⁾

Entonces, ¿qué es lo que hacemos al aplicar á los santos y á los tiempos en que vivieron el calificativo de ingenuos? ¿Qué hacemos al comprobar con sentimiento que ya no somos accesibles á esta ingenuidad natural?

(1) Matth., XVIII, 3.

(2) Natural, de nativum.

Pues hacemos una confesión preciosa, ya que queremos decir que hemos perdido lo natural. Si queremos encontrarlo intacto, preciso es buscarlo en los santos y allí donde todavía reina su espíritu. ⁽¹⁾

En efecto, en ninguna parte se conserva intacta la naturaleza. Solo lo sobrenatural la ha reducido á su pureza primitiva. No encontramos la ingenuidad, lo natural, la rectitud, la sencillez ó la verdad, ni en la antigüedad ni fuera de las esferas en que reina el Cristianismo por modo viviente.

Todos estos términos significan lo mismo. La naturaleza verdadera es la verdad. La verdad es la sencillez. ⁽²⁾ La sencillez y la ingenuidad son la naturaleza intacta. Quien quiera encontrar todo esto, debe buscarlo en aquellos que toman en serio la vida sobrenatural, es decir, en los santos.

7. La sencillez como señal exterior, por la cual cóncense los santos y la santidad.—Al dar el dictado de ingenuos á los santos y á los tiempos en que mejor se ha manifestado el espíritu cristiano, se expresa sin quererlo una cuestión importantísima.

No vacilamos en conceder á los santos y á los tiempos en que dominaban al mundo, especialmente en la Edad Media, la ingenuidad como una especie de privilegio. Pero no podríamos perdonárnosla á nosotros mismos, y procuramos que la pierdan los niños lo más pronto posible. Cuando se revelan tales como son, y hablan como piensan, apellidámoslos *niños terribles*. Pero se la perdonamos de buen grado á los santos, por extraño que esto nos parezca, ya que comprendemos que es necesaria en ellos. En efecto,

(1) Nos repugna detenernos en todos los antiquísimos extravíos de la ignorancia, y en los de hoy día, sabios en apariencia, que no comprenden en la santidad otra cosa que histerismo, neurosis, neuropatía, melancolía enfermiza, *dédoublement de la personnalité*, y otras expresiones favoritas de la *psychologie morbide*. Véase sobre esto á Bonniot, *Le miracle et ses contre-façons*, (2), 382 y sig. Gombault, *L'imagination et les états préternaturels*, 289 y sig. Sobre el desgraciado ensayo de considerar como histérica á la misma Santa Teresa, véase á Joly, *Psychologie des Saints*, (8), 115 y sig.

(2) Thomas, 2, 2, q. 109, a. 2, ad 4; q. 111, a. 3, ad 2.

comprendemos que la ingenuidad debe formar parte de su ser, que sin ella no serían lo que son.

Equivale, pues, esto, á confesar que no podríamos imaginarnos la santidad sin lo natural, sin rectitud ni sencillez, á confesar que la santidad es una sola y misma cosa con la verdad.

Y así es, en efecto. Ya lo hemos visto al hablar de la humildad. La humildad es la verdad, y á su vez, la sencillez es la verdad.

Pero media una diferencia entre las dos. La humildad es la raíz, y la sencillez el tronco del árbol de la perfección.

Una raíz sana no basta, porque cuando produce muchos retoños, éstos no forman nunca árboles vigorosos, ya que la vida que los alimenta se distribuye por canales demasiado numerosos. Para que un árbol alcance considerable altura y produzca fruto, preciso es que sea el único que soporte la raíz. Vástagos hermanos serían para él dañinas excrecencias. Por eso se cortan y se procura que el único tronco que resta crezca derecho.

El árbol de que aquí se trata es la perfección. La verdad es su savia; mientras ésta se mantiene oculta como la raíz del árbol, se llama humildad; cuando se manifiesta al exterior, se llama sencillez. Es, pues, la misma verdad que, como el tronco, se eleva recta al cielo.

De aquí que con todo derecho pueda uno considerar la sencillez como la nota más cierta de la perfección y de la santidad. Porque si la rectitud, en cuanto humildad, permanece oculta, el mundo no es capaz de reconocerla. Sólo bajo la forma de sencillez se ofrece á él por modo sensible. Y como esta forma de la verdad es al propio tiempo la que más llama su atención, natural es que considere la sencillez como la nota exterior que más le impresiona en los santos.

8. Primer grado de la sencillez: mirar solamente á Dios.—De lo que acabamos de decir, se deduce que no hay duda de que todos los que quieren imitar á los santos en

el camino de la perfección, deben trabajar para adquirir la sencillez lo mismo que la humildad. Porque si no quiere uno fundamentar el edificio de la virtud en la sólida base de la verdad, vale más que no intente practicarla.

Examinemos, pues, más de cerca la humildad en la vida de los santos, ya que es esto tanto más necesario cuanto que, fuera de ellos, y fuera del Rey de los santos, no podría hallarse un modelo perfecto de esta virtud tan rara, siendo igualmente necesario para que, á ejemplo de ellos, aprendamos á desafiar el respeto humano que tan terribles obstáculos opone á esta virtud.

El mundo sólo tiene desprecio y mofa para la sencillez. Sólo su nombre se ha convertido en expresión de desdén. Quizás la mayor parte de los hombres no la considerasen como tal deshonor, si se dijese de ellos que, de tal modo son finos y astutos, que todos deben ponerse en guardia contra ellos para no merecer el dictado de sencillos.

En virtud de este entredicho contra tan hermosa virtud, las cosas han tomado en el mundo esa forma que á veces le es á él mismo desagradable, por más que crea no poder obrar por modo diferente.

¿Quién se fía ya del prójimo? ¿Quién no paga su imprudencia, si llega á fiarse? ¿Dónde hallar un ambiente en el que no reinen el lenguaje de doble sentido, la mentira y el disimulo? En la alta política, en las relaciones de los grandes, en los negocios comerciales, esos desagradables artífices del mundo han hallado siempre un asilo inviolable; pero hoy, las relaciones sociales y aun la vida misma de familia están dominadas por ellos. Sí, hemos llegado al extremo de tratar á Dios y á nuestras propias personas absolutamente como los antiguos harúspices y los modernos diplomáticos.

Lamentable es ver cuán llenos estamos de consideraciones para con nosotros mismos. ¡Y qué consideraciones! Cada hombre, cada mirada que podría caer sobre nosotros, cada opinión que pudiera emitirse sobre nuestro proceder, nos imponen por completo. Procuramos complacer á todo

el mundo; nadie debe tener motivo para dirigirnos un reproche; queremos prevenir toda mala interpretación de nuestra conducta. Vivimos en la misma disposición de espíritu del miserable que, condenado á ser descuartizado vivo, ve preparar los caballos de su suplicio.

Fácilmente se comprende que, en semejante situación, las cosas no pueden deslizarse sin mentira. Si esto es así, admitimos de buen grado que debe unõ decirse con toda convicción que es imposible atravesar la vida sin caminar por senderos tortuosos, sin orientarse según el viento, y sin usar de la intriga, de la diplomacia y de la política.

Vemos por ello cuán necesaria nos es la sencillez para conquistar nuestra libertad y marchar rectos por el camino de la vida. Pero también vemos por los santos cómo podemos lograr esta virtud tan deseable.

Evidentemente, la primera condición para esto consiste en que, de un lado, apartemos nuestro espíritu del mundo y de sus juicios, para dirigirlo sin cesar y exclusivamente hacia nuestro único y más elevado fin, y en que, de otro, en todas nuestras acciones, sólo nos propongamos poseer á Dios y hacer su santa voluntad.

Así es como los santos han comprendido y practicado la sencillez, es decir, como calma completa, como sumisión sin reserva alguna á Dios y á su santa voluntad. ⁽¹⁾ Su escudo en todos los peligros, su consuelo en todas las penas, el resumen de toda su sabiduría de la vida, era la frase del Apóstol: «Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?» ⁽²⁾

Si Dios está contento de mí, ¿qué perjuicio puede producirme la censura de los hombres? ¿Qué me importa en este caso que mis mejores intenciones hayan sido tan mal interpretadas y recompensadas? ¿De qué sirven todos los éxitos y todas las alabanzas del mundo, si Dios no está contento de mí? La voluntad de Dios, la satisfacción, el

(1) Psalm. XXIV, 15.

(2) Rom., VIII, 31.

honor de Dios; tales son las únicas consideraciones que conocen los santos.

Este es el pensamiento que resume todo lo que ellos buscan, evitan y hacen. De él provienen su calma en medio de los peligros, su valor en los sufrimientos, la serenidad de su mirada en todas las dificultades, la seguridad con que marchan rectos á su fin en las situaciones más difíciles, la unidad y la armonía de toda su vida. Lo único que temen es desagradar á Dios. Sólo procuran su honor; la apariencia de un éxito pasajero no los embriaga; los reveses no los abaten. Y si el mundo entero los agobia con su malhumor, como ocurrió con San Bernardo cuando el fracaso de la desgraciada cruzada que había predicado, exclaman como él: «Prefiero que murmuren contra mí que contra Dios. Por feliz me tengo de que Él me haya elegido por escudo suyo. Renuncio de buen grado á mi honor con tal que nadie toque al de Dios». ⁽¹⁾

9. Segundo grado de la sencillez: abandonarse por entero á Dios.—El primer paso hacia la sencillez cristiana consiste, pues, en formar uno solo con Dios, en su pensamiento, en su voluntad y en su corazón.

Sin embargo, esto no basta, sino que es preciso un segundo paso, que consiste en que el hombre procure introducir en sí mismo la unidad. Ahora bien, cuando se ha dado el primero, pocas dificultades exige el segundo; y, por lo contrario, el que no ha dado el primero, difícilmente comprenderá y dará el segundo.

Mientras uno, en vez de dirigir única y puramente su intención á Dios, sirve al mundo como un esclavo, no sería posible, sin perder el tiempo, hablarle de paz interior, del espíritu que sólo busca á Dios. «No es conveniente tocar el arpa en un molino» ⁽²⁾—dice el proverbio.—Ahora bien, el servidor del mundo se parece mucho á un molino constantemente lleno de ruido, en el que las idas y venidas no cesan un momento. ¿Cómo podría este servidor del

(1) Bernard., *Considerat.*, 2, 1, 4.

(2) Seifried Helbling, 4, 814.

mundo asegurar la unidad en sí mismo, dada su dependencia de las impresiones, juicios y opiniones del mundo exterior, en ese cambio continuo de deseos y consideraciones propias, y sobre todo, en esa lucha entre la conciencia y la acción, la convicción y la voluntad? En medio de ese embate y de ese tictac perpetuos, ¿cómo hacernos comprender por él cuando queremos alimentarlo con la calma interior del corazón?

Sin embargo, debemos dirigirnos aquí á otra clase de hombres, á los cuales esta frase pudiera parecer un sueño.

Estos hombres, de los cuales queremos hablar, no son hombres de mundo, ni pecadores, sino cristianos sinceros que aspiran con toda el alma á la perfección, pero que no saben lo que es la paz interior, y se sienten incapaces de comprender cómo puede uno asegurar la armonía en sí mismo. Presa continua de la duda, de la ansiedad y del temor, soportan una vida llena de amargura é inquietud, una vida que es un verdadero tormento para todos los que tienen que ver con ellos. ¡Si tan sólo pudieran lograr la certeza de que están en el buen camino! ¡Si tan sólo hubiese uno que pudiese poner fin á las perpetuas inquietudes, á los escrúpulos y á las incertidumbres de esos *especulativos*, como se les llama!

Con toda intención citamos aquí á estos desgraciados. Su situación de espíritu es particularmente propia para mostrarnos lo que es necesario á la sencillez cristiana. Únicamente ésta es lo que de ordinario falta á estas pobres víctimas de la inquietud. Si la tuviesen, poseerían la paz, y con la mitad del trabajo que se dan, podrían lograr la perfección.

Bastaría únicamente que aprendiesen á someterse por completo á Dios, ahora y siempre, con todo lo que poseen. Deberían ocuparse en Dios más que en sí mismos, exigir menos satisfacciones por parte de Él, y procurar más su contento. Deberían abandonar todo juicio sobre ellos, y todo lo que concierne á su destino eterno, á Aquél que se ha reservado este negocio. Sólo deberían buscar á Dios y na-

da más fuera de Él. Ni siquiera deberían desear saber si Dios está contento de ellos. Deberían esforzarse en practicar lo que hemos dicho que constituye el primer grado de la sencillez cristiana, el cual consiste en no proponerse más que una cosa: la voluntad de Dios. Muy pronto subirían entonces el segundo grado que consiste en abandonarlo todo en manos de Dios con la más absoluta confianza.

En el primer grado, dirigimos nuestros ojos á Dios como constituyendo nuestro último fin. En el segundo, depone todos nuestros deseos, todas nuestras esperanzas, todos nuestros temores, en una palabra, todo nuestro corazón á los pies de Dios. El primero consiste en la simple pureza de intención; el segundo en el completo abandono á Dios. Los dos juntos constituyen la sencillez, y dan como recompensa la plenitud de la unidad y de la paz.

Dios mismo ha revelado esta verdad á Santa Magdalena de Pazzis, en una visión en la que le hizo entrever que, para llegar á ser perfecta, debía entregarse por completo á Él, no proponerse otra cosa que el cumplimiento de su voluntad, destinar su inteligencia á conocer únicamente sus designios y sus beneficios, emplear todas sus fuerzas en su servicio y entregarlas en sus manos. ⁽¹⁾

De hecho, la práctica de este consejo contiene el remedio á todos los escrúpulos, la iluminación de la inteligencia y el reposo del corazón. Sin esta donación á Dios, jamás podremos obtener la paz completa. El que una vez se ha decidido á buscar á Dios y servirle, no sólo debe dirigir sus miradas únicamente á Dios, referirlo todo á Él y á su voluntad, sino también someterse sin reservas á su dirección.

Todo esto es obra de la sencillez cristiana. Ve ella á Dios en todo; en cada prueba, su voluntad, en cada aflicción, su paternal providencia, en el mismo mal, una permisión suya. Busca ella á Dios en todo, en las oraciones cotidianas y en los sacrificios extraordinarios. Siempre y

(1) Puccini, *Vita S. Magdal. de Pazzis*, 1, 3, 26 (Bolland.).